

HIDALGO, MORELOS, ITURBIDE

Chester C. KAISER

HA APARECIDO, en lengua inglesa, un interesantísimo y bien documentado libro sobre las figuras más destacadas de la Independencia de México,* de manera particular don Miguel Hidalgo y Costilla, el reformador, don José María Morelos, el “siervo de la nación”, y don Agustín de Iturbide, el libertador.

Hidalgo tuvo un contacto muy estrecho con los peones de la hacienda administrada por su padre, y esta experiencia señaló el comienzo de su educación de revolucionario. Sintió que la emancipación del indio tenía que ser el principal de los objetivos de la revolución.

En 1803 fue destinado a la parroquia de Dolores, en el estado minero de Guanajuato. Siendo cura de esa población, llegó a expresar ciertas ideas que causaron alarma en el gobierno y en la Inquisición. No se sabe a ciencia cierta en qué momento concibió la idea de liberar a México del yugo español. Algún autor opina que esto ocurrió en 1805, cuando observó en la ciudad de México la corrupción política que existía en la corte virreinal. Otro supone que la primera vez que pensó en la revolución fue cuando, por orden del gobierno, le arrancaron de raíz las moreras que había plantado con sus propias manos. Además, Hidalgo aborrecía a los españoles porque éstos lo tenían relegado en un puesto inferior a causa de su nacimiento, situación injusta que el cura de Dolores compensaba infringiendo las leyes. Por otra parte, el interés que los Estados Unidos mostraban por la independencia dio al Padre Hidalgo muchas esperanzas con respecto a sus planes revolucionarios.

Hidalgo se mostró en desacuerdo con la Iglesia en muchos aspectos, y trató de ganarse para su causa al bajo clero, al

* John Anthony CARUSO, *The liberators of Mexico*, Pageant Press, Nueva York, 1954; 304 pp., ilustr.

mismo tiempo que se esforzó por conseguir el apoyo de los feligreses. La respuesta del Santo Oficio a esta actitud de rebeldía no se hizo esperar: lanzó un decreto de excomunión, y ordenó que el edicto se colocara en todas las iglesias de la Nueva España. Se ordenaba a Hidalgo comparecer dentro de un plazo de treinta días para responder a los cargos que se le hacían, y se declaraba que, en caso de no presentarse, se le juzgaría en ausencia. Por último, el edicto prohibía cualquier participación en la revuelta, bajo pena de excomunión y de una multa considerable.

La réplica de Hidalgo constituye uno de los documentos más importantes escritos por su pluma (p. 60). Puso de manifiesto la hipocresía de los miembros del alto clero, criticándolos por su actitud de oposición contra los mexicanos que, al participar en la revolución, no hacían sino buscar un mejoramiento económico y social. La Iglesia, ante la imposibilidad de servirse de las armas, acudía a la excomunión en casos que no tenían que ver con la religión. El documento es importante porque en él presentó Hidalgo una serie de planes que pensaba instituir después de la liberación (gobierno representativo, repartición de la tierra, etc.).

Hidalgo estaba condenado desde un principio. No sólo tenía a la Iglesia en contra suya, sino que él mismo carecía de un plan definido para realizar la revolución, y sus secuaces, mestizos e indios sin educación militar, no podían sino suscitar la violencia, el desorden y la confusión. Hidalgo parecía dar por buena esta manera de hacer la guerra, pero Allende, que había tenido experiencia militar, quería crear un ejército eficaz; esto causó cierto desacuerdo entre ambos.

Hidalgo fue apresado, relajado, enjuiciado y fusilado. Nunca se sabrá qué se dijo durante el juicio; parece, sin embargo, que Hidalgo asumió plena responsabilidad en el empeño de evitar que la Nueva España cayera en manos de Napoleón, y que concluyó exhortando a los insurgentes a honrar al rey, cuyo poder dimana de Dios, y a deponer las armas "al pie del trono" (CASTILLO LEDÓN, *Hidalgo*, t. 2, pp. 213-223). Caruso hace notar que, según ciertos historiadores, esas frases fueron fraguadas por las autoridades para persuadir a los insurgentes

a que depusieran las armas; observa asimismo que Francisco BULNES (*La guerra de Independencia: Hidalgo-Iturbide*, p. 284), autor de varias obras autorizadas sobre el tema, comparó el tono desesperado del documento, escrito setenta y dos días antes de la muerte de Hidalgo, con la entereza que mostró en sus últimos momentos, y concluyó que el documento no era obra de Hidalgo. Según Bulnes, la muerte de Hidalgo fue "más hermosa que la de Sócrates".

Después de la muerte de Hidalgo, quedó al frente de la causa revolucionaria don José María Morelos, mestizo con mezcla de sangre negra, que había sido discípulo de Hidalgo. Creía en la necesidad de contar con un ejército bien entrenado y disciplinado, y desconfiaba de la violencia desordenada. No se sabe por qué se adhirió al movimiento revolucionario, pero, como a Hidalgo, se le habían asignado parroquias muy pobres, y además estaba resentido por las barreras sociales y económicas que se le imponían debido a su condición racial. Como Hidalgo, no tardó en atraerse la hostilidad de la Iglesia, y fue capturado, juzgado y ejecutado.

La causa de la libertad mexicana parecía definitivamente aplastada, pero muy pronto apareció un nuevo guía, Francisco Javier Mina. En Londres había conocido al general norteamericano Winfield Scott, quien le dio la noticia de la ejecución de Hidalgo y Morelos. Ciertos ingleses ricos facilitaron a Mina dinero y la fragata «Caledonia». En ella partió rumbo a Baltimore, donde reclutó gente, y de ahí a México. Su destino fue igual al de sus dos predecesores, y nuevamente la causa revolucionaria llegó a parecer perdida.

Hidalgo había recibido apoyo de las masas, y Morelos de los mestizos. Caruso hace notar que era necesario el advenimiento de una tercera etapa, que atrajera a la causa el apoyo de todas las clases, incluyendo la Iglesia y el ejército. Esa fase se inició en 1820, con Agustín de Iturbide. Era criollo; había iniciado la carrera eclesiástica, pero luego cambió la sotana por el uniforme militar.

Iturbide había luchado contra Hidalgo y Morelos y había contribuido a su caída. Más tarde se decidió por la independencia mexicana y proclamó el Plan de Iguala, que prometía

a todos la libertad de pensamiento, la libertad de la tierra y la igualdad política; México quedaría liberado del yugo español, y la religión católica sería la religión del Estado. Con todo esto se atrajo las simpatías de criollos y de insurgentes. Logró imponerse y fue coronado emperador; tenía, sin embargo, enemigos: los masones y los republicanos, a quienes trató de aplastar.

El coronel Santa-Anna admiraba a Iturbide y presenció su coronación. Quiso casarse con Nicolasa, hermana de Iturbide, que tenía sesenta años, cuando Santa-Anna tenía sólo veintisiete. Al verse rechazado, conspiró para liberar a México de Iturbide, proclamando su Plan de Veracruz, que declaraba nulos todos los actos realizados por Iturbide y lo acusaba de una serie de fechorías. Al mismo tiempo, los masones publicaron su Plan de Casa Mata, que pedía la convocación de un nuevo Congreso. Santa-Anna apoyó este plan, y unidas ambas fuerzas, pudieron destronar a Iturbide, quien huyó a Europa.

Mientras se encontraba en Inglaterra, Iturbide tuvo noticia de que España consideraba la posibilidad de reconquistar a México, y entonces decidió regresar para luchar contra los españoles, sin saber que el Congreso mexicano lo había condenado a muerte. Fue arrestado en seguida y fusilado.

Hidalgo, Morelos e Iturbide son héroes nacionales; los tres fueron de gran importancia en la lucha por la Independencia. Cada uno de ellos construyó sobre los cimientos erigidos por su predecesor; los tres fueron fusilados, los tres habían pisado las aulas de un seminario, y los tres pertenecían a la clase criolla. Hidalgo acaudilló a los indios rebeldes, Morelos se unió a los mestizos, Iturbide logró el apoyo de los criollos y se convirtió en libertador de México.

El libro de Caruso es de fácil lectura y está bien organizado. Hace abundante uso de relatos de segunda mano y de colecciones impresas de fuentes directas, pero no utiliza manuscritos.